

EL FEMINISMO, EL CAPITALISMO Y LA ASTUCIA DE LA HISTORIA

Me gustaría echar un vistazo general a la segunda ola feminista. No a una u otra corriente activista, ni a una u otra tendencia de teorización feminista; y no a una u otra porción geográfica del movimiento, ni a un determinado estrato sociológico de mujeres. Quiero, por el contrario, intentar analizar la segunda ola feminista en su conjunto, como un fenómeno social que ha marcado una época. Volviendo a contemplar casi cuarenta años de activismo feminista, quiero plantear una evaluación general de la trayectoria y la importancia histórica del movimiento. Espero también, sin embargo, que mirar hacia atrás nos ayude a mirar hacia delante. Reconstruyendo el camino recorrido, espero arrojar luz sobre los retos que afrontamos hoy, en una época de masiva crisis económica, incertidumbre social y realineamiento político¹.

Voy a hablar, por lo tanto, sobre los contornos amplios y el significado general de la segunda ola del feminismo. Narración histórica y análisis socioteórico a partes iguales, mi relato gira en torno a tres puntos sucesivos, cada uno de los cuales sitúa la segunda ola del feminismo en relación con un momento específico de la historia del capitalismo. El primer punto hace referencia a los comienzos del movimiento en el contexto de lo que yo denomino el «capitalismo organizado de Estado». En este artículo me propongo rastrear la aparición de la segunda ola feminista a partir de la nueva izquierda antiimperialista, como un cuestionamiento radical del androcentrismo que permea las sociedades capitalistas dirigidas por el Estado en la época de posguerra. Conceptuando esta fase, identificaré la promesa emancipadora del movimiento con su sentimiento de injusticia expandido y su crítica estructural a la sociedad. El segundo punto se refiere al proceso de evolución del feminismo en el contexto social drásticamente cambiado del creciente neoliberalismo. A este respecto, propongo

¹ Este ensayo surgió como conferencia principal del Coloquio de Cortona sobre «Género y ciudadanía: nuevos y viejos dilemas, entre la igualdad y la diferencia», celebrado en noviembre de 2008. Agradezco sus útiles comentarios a las participantes en Cortona, en especial Bianca Becalli, Jane Mansbridge, Ruth Milkman y Eli Zaretsky, sus útiles comentarios, y a los participantes en un seminario de la EHESS en el *Groupe de sociologie politique et morale*, en especial Luc Boltanski, Estelle Ferrarese, Sandra Laugier, Patricia Paperman y Laurent Thévenot.

no sólo proyectar los extraordinarios éxitos del movimiento sino también la inquietante convergencia de algunos de sus ideales con las exigencias de una emergente forma nueva del capitalismo: posfordista, «desorganizado», transnacional. Conceptuando esta fase, preguntaré si la segunda ola del feminismo proporcionó inconscientemente un ingrediente clave de lo que Luc Bolstanski y Ève Chiapello llaman «el nuevo espíritu del capitalismo». El tercer punto hace referencia a una posible reorientación del feminismo en el actual contexto de crisis capitalista y realineamiento político estadounidense, que podría marcar los comienzos de un paso del neoliberalismo a una nueva forma de organización social. A este respecto, propongo examinar las perspectivas para reactivar la promesa emancipadora del feminismo en un mundo golpeado por la doble crisis del capital financiero y de la hegemonía estadounidense, y que ahora espera la evolución de la presidencia de Obama.

En general, por lo tanto, propongo situar la trayectoria de la segunda ola feminista en relación con la reciente historia del capitalismo. De este modo, espero ayudar a recuperar la teorización feminista socialista que me inspiró por primera vez hace décadas y que parece seguir mantenimiento nuestra mejor esperanza para aclarar las perspectivas de justicia de género en el periodo actual. Mi objetivo, sin embargo, no es reciclar desfasadas teorías de sistemas duales, sino por el contrario integrar lo mejor de las recientes teorías feministas y lo mejor de las recientes teorías críticas sobre el capitalismo.

Para aclarar la base lógica de este enfoque, permítaseme explicar mi insatisfacción con la que quizá sea la percepción más generalizada sobre la segunda ola del feminismo. A menudo se dice que la capacidad relativa del movimiento para transformar la cultura contrasta de manera aguda con su incapacidad relativa para transformar las instituciones. Esta evaluación tiene doble filo: por una parte, los ideales feministas de igualdad entre los sexos, tan polémicos en décadas anteriores, se sitúan ahora directamente en la corriente social mayoritaria; por otra parte, todavía no se han realizado en la práctica. Así, las críticas feministas, por ejemplo, al acoso sexual, el tráfico sexual y la desigualdad salarial, que parecían incendiarias no hace mucho, se admiten ampliamente en la actualidad; pero este cambio abismal en las actitudes no ha eliminado en absoluto dichas prácticas. Y así, frecuentemente se aduce que el feminismo de la segunda ola ha provocado una gigantesca revolución cultural, pero el enorme cambio en las *mentalités* (todavía) no se ha traducido en un cambio estructural e institucional.

Hay algo que decir a favor de este punto de vista, que señala con acierto la amplia aceptación actual de las ideas feministas. Pero la tesis del éxito cultural con fracaso institucional no ayuda mucho a ilustrar la importancia histórica y las perspectivas futuras de la segunda ola feminista. Plantear que las instituciones van por detrás de la cultura, como si ésta pudiera cambiar sin cambiar las primeras, sugiere que sólo necesitamos hacer que las primeras se pongan a la altura de la segunda para hacer realidad las espe-

ranzas feministas. El efecto es el de oscurecer una posibilidad más compleja e inquietante: que la difusión de las actitudes culturales nacidas de la segunda ola del feminismo ha formado parte de otra transformación social, involuntaria e imprevista para las activistas feministas: una transformación en la organización social del capitalismo de posguerra. Esta posibilidad puede formularse de manera más aguda: los cambios culturales propulsados por la segunda ola, saludables en sí mismos, han servido para legitimar una transformación estructural de la sociedad capitalista que avanza directamente en contra de las visiones feministas de una sociedad justa.

En este artículo, mi objetivo es explorar esta inquietante posibilidad. Mi hipótesis puede enunciarse del siguiente modo: lo verdaderamente nuevo de la segunda ola del feminismo fue su modo de entretener, en la crítica al capitalismo organizado de Estado androcéntrico, tres dimensiones de injusticia de género analíticamente específicas: económica, cultural y política. Al someter el capitalismo organizado de Estado a un examen amplio y polifacético, en el que esas tres perspectivas se entremezclaban libremente, las feministas generaron una crítica simultáneamente ramificada y sistemática. En las décadas posteriores, sin embargo, las tres dimensiones de la injusticia se separaron, tanto entre sí como de la crítica al capitalismo. Con la fragmentación de la crítica feminista se produjo la incorporación selectiva y la recuperación parcial de parte de sus corrientes. Separadas unas de otras y de la crítica social que las había integrado, las esperanzas de la segunda ola feminista se reclutaron al servicio de un proyecto que divergía por completo de nuestra visión integral más amplia de una sociedad justa. En un hermoso ejemplo de la astucia de la historia, los deseos utópicos encontraron una segunda vida a modo de corrientes de sentimiento que legitimaron la transición a una nueva forma de capitalismo: posfordista, transnacional, neoliberal.

A continuación, me propongo elaborar esta hipótesis en tres pasos, que se corresponden con los tres puntos argumentales antes mencionados. En el primer paso, reconstruiré la crítica de la segunda ola feminista al capitalismo androcéntrico organizado por el Estado, y que integraban preocupaciones acerca de tres perspectivas sobre la justicia-redistribución, el reconocimiento y la representación. En un segundo paso esbozaré la desintegración de esa constelación y el reclutamiento selectivo de parte de sus corrientes para legitimar el capitalismo neoliberal. En el tercero, sopesaré las perspectivas de recuperación de la promesa emancipadora del feminismo en el actual momento de crisis económica y apertura política.

I. EL FEMINISMO Y EL CAPITALISMO ORGANIZADO DE ESTADO

Permítaseme empezar situando la aparición de la segunda ola del feminismo en el contexto de un capitalismo organizado de Estado. Por «capitalismo organizado de Estado» quiero decir la formación social hegemónica en la época de posguerra, una formación social en la que los Estados

guiaban activamente sus economías nacionales². Estamos muy familiarizados con la forma adoptada por el capitalismo organizado de Estado en los Estados del bienestar de lo que entonces se denominaba el Primer Mundo, que usaban herramientas keynesianas para suavizar los ciclos de auge-depresión endémicos en el capitalismo. Basándose en las experiencias de la Depresión y de la planificación en tiempos de guerra, estos Estados aplicaban diversas formas de dirigismo, incluida la inversión en infraestructuras, las políticas industriales, la tributación redistributiva, la provisión social, la reglamentación empresarial, la nacionalización de sectores industriales clave y la desmercantilización de los bienes públicos. Aunque fueron los países más ricos y poderosos de la OCDE los que con más éxito consiguieron «organizar» el capitalismo en las décadas posteriores a 1945, podía encontrarse también en el denominado Tercer Mundo una variante del capitalismo organizado de Estado. En las antiguas colonias empobrecidas, «estados desarrollistas» recientemente independizados intentaban usar sus capacidades más limitadas para propulsar el crecimiento económico nacional mediante políticas de sustitución de importaciones, inversión en infraestructuras, nacionalización de sectores industriales clave y gasto público en educación³.

En general, por lo tanto, uso esta expresión para hacer referencia a los estados del bienestar de la OCDE y los estados desarrollistas ex coloniales en el periodo posterior a la guerra. Después de todo, fue en estos países donde primero surgió la segunda ola feminista, a comienzos de la década de 1970. Para explicar qué fue exactamente lo que provocó su erupción, permítaseme señalar cuatro características específicas de la cultura política del capitalismo organizado de Estado:

— *Economicismo*. Por definición, el capitalismo organizado de Estado suponía el uso del poder político público para regular los mercados económicos (y en algunos casos sustituirlos). Se trataba en gran medida de una gestión de las crisis en interés del capital. No obstante, los Estados en cuestión derivaban buena parte de su legitimidad política de la afirmación de que promovían la inclusión, la igualdad social y la solidaridad entre clases. Pero estos ideales se interpretaban de un modo economicista y clasecéntrico. En la cultura política del capitalismo organizado de Estado, las cuestiones sociales se enmarcaban principalmente en términos distributivos, como cuestiones referentes a la asignación equitativa de los bienes divisibles, en espe-

² Se puede encontrar un análisis de esta expresión en Friedrich Pollock, «State Capitalism: Its Possibilities and Limitations», en Andrew Arato y Eike Gebhardt (eds.), *The Essential Frankfurt School Reader*, Londres, 1982, pp. 71-94.

³ Entonces, además, la vida económica del bloque comunista estaba notoriamente organizada por el Estado, y hay quienes siguen insistiendo en llamarlo capitalismo organizado de Estado. Aunque pueda haber cierta verdad en ese punto de vista, yo sigo la senda más convencional de excluir a la región en este primer momento de mi estudio, en parte porque hasta 1989 no emergió el feminismo de segunda generación como fuerza política en los países para entonces ex comunistas.

cial la renta y los puestos de trabajo, mientras que las divisiones sociales se observaban principalmente a través del prisma de la clase. Así, la injusticia social por antonomasia era la distribución económica injusta, y su expresión paradigmática era la desigualdad de clase. El efecto de este imaginario clasecéntrico y economicista fue el de marginar, u oscurecer por completo, otras dimensiones, ámbitos y ejes de la injusticia.

— *Androcentrismo*. De ahí se deducía que la cultura política del capitalismo organizado de Estado contemplaba al ciudadano típico ideal como un trabajador varón perteneciente a la mayoría étnica; sostén económico y hombre de familia. También se suponía en general que el salario de este trabajador debía ser el principal, si no el único, soporte económico de su familia, mientras que cualquier salario ganado por su esposa debía ser meramente complementario. Profundamente sexista, esta interpretación del «salario familiar» servía de ideal social, con una connotación de modernidad y movilidad ascendente, y de base para la política estatal en materia de empleo, seguridad social y desarrollo. Ciertamente, el ideal eludía a la mayoría de las familias, porque el salario de un hombre rara vez bastaba para mantener a los hijos y a una esposa desempleada. Y ciertamente, también, la industria fordista a la que el ideal iba ligado pronto se vería superada por un pujante sector servicios de bajos salarios. Pero en las décadas de 1950 y 1960, el ideal de salario familiar aún servía para definir las normas de género y para disciplinar a quienes las contraviniesen, reforzando la autoridad de los hombres en el hogar y canalizando las aspiraciones hacia el consumo doméstico privatizado. Igualmente importante, al valorar el trabajo asalariado, la cultura política del capitalismo organizado de Estado oscurecía la importancia social del trabajo no asalariado de atención a la familia y de la labor reproductiva. Al institucionalizar perspectivas de la familia y del trabajo androcéntricas, naturalizaba las injusticias de género y las retiraba de la protesta política.

— *Estatismo*. El capitalismo organizado de Estado era también estatista, lleno de valores tecnocráticos y gerenciales. Al confiar en expertos profesionales para diseñar políticas, y en las organizaciones burocráticas para aplicarlas, los estados del bienestar y los desarrollistas trataban a aquellos a cuyo servicio supuestamente estaban, como clientes, consumidores y contribuyentes más que como ciudadanos activos. El resultado fue una cultura despolitizada, que trataba las cuestiones de la justicia como asuntos técnicos, que debían ser solucionados mediante el cálculo experto y la negociación corporativa. Lejos de recibir poder para interpretar sus necesidades democráticamente, a través de la deliberación y la protesta, los ciudadanos ordinarios se situaron (en el mejor de los casos) como receptores pasivos de satisfacciones definidas y dispensadas desde arriba.

— *Westfalianismo*. Por último, el capitalismo organizado de Estado era, por definición, una formación nacional, destinada a movilizar las capacidades de los Estados-nación para apoyar el desarrollo económico nacional en nombre —si no siempre en interés— de la ciudadanía nacional. Posibilita-

da por el marco regulador de Bretton Woods, esta formación descansaba en una división del espacio político en unidades territorialmente delimitadas. Como resultado, la cultura política del capitalismo organizado de Estado institucionalizó la opinión «westfaliana» de que las obligaciones de justicia vinculantes sólo son aplicables entre conciudadanos. Subtendiendo la mayor parte de la lucha social en la era de posguerra, esta opinión canalizaba las reivindicaciones de justicia hacia el campo político interno de los Estados territoriales. La consecuencia, a pesar de prestar un supuesto servicio a los derechos humanos internacionales y a la solidaridad antiimperialista, fue la de truncar el alcance de la justicia, marginando, o incluso oscureciendo por completo, las injusticias cometidas fuera de las propias fronteras⁴.

En general, por lo tanto, la cultura política del capitalismo organizado de Estado era economicista, androcéntrica, estatista y westfaliana, características todas ellas que fueron objeto de ataque a finales de la década de 1960 y durante la de 1970. En aquellos años de radicalismo explosivo, las feministas de la segunda ola se unieron a sus compañeros de la Nueva Izquierda y antiimperialistas para cuestionar el economicismo, el estatismo y (en menor grado) el westfalianismo del capitalismo organizado de Estado, y al tiempo protestaron contra el androcentrismo de éste, y con él, el sexismo de sus camaradas y aliados. Consideremos estos puntos uno a uno.

— *El feminismo de segunda ola contra el economicismo.* Negándose a identificar en exclusiva la injusticia con la mala distribución entre clases, las feministas de la segunda ola se unieron a otros movimientos emancipadores para abrir el restrictivo imaginario economicista del capitalismo organizado de Estado. Politizando «lo personal», expandieron el significado de la justicia, reinterpretando como injusticias desigualdades sociales que se habían pasado por alto, tolerado o racionalizado desde tiempo inmemorial. Al rechazar el enfoque exclusivo del marxismo en la economía y el enfoque exclusivo del liberalismo en el derecho, revelaron injusticias situadas en otras partes: en la familia y en las tradiciones culturales, en la sociedad civil y en la vida cotidiana. Además, el feminismo de la segunda ola expandió el número de ejes que podían albergar injusticias. Rechazando la primacía de la clase, las feministas socialistas, las feministas negras y las feministas antiimperialistas se oponían también a los esfuerzos de las feministas radicales para situar el sexo en esa misma posición de categoría privilegiada. Al centrarse no sólo en el género, sino también en la clase, la raza, la sexualidad y la nacionalidad, forjaron una alternativa «interseccionista» que hoy en día es muy aceptada. Por último, las feministas de la segunda ola ampliaron el alcance de la justicia para incluir asuntos antes personales como la sexualidad, las tareas domésticas, la reproducción y la violencia contra las mujeres. Al hacerlo, ampliaron de hecho el con-

⁴ Véase un análisis completo sobre el «imaginario político westfaliano» en Nancy Fraser, «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *NLR* 36 (enero-febrero de 2006).

cepto de injusticia para abarcar no sólo desigualdades económicas sino también jerarquías de estatus y asimetrías de poder político. Con la ventaja que da la retrospectiva, podemos decir que sustituyeron una visión monista y economicista de la justicia por una comprensión tridimensional y más amplia, que abarca la economía, la cultura y la política.

El resultado no fue una mera lista de cuestiones aisladas. Por el contrario, lo que conectó la plétora de injusticias recientemente descubiertas fue la idea de que la subordinación de las mujeres era sistémica, y se basaba en las estructuras profundas de la sociedad. Las feministas de la segunda ola discutían, por supuesto, sobre cómo calificar mejor la totalidad social: como «patriarcado», como «sistemas duales» de amalgama de capitalismo y patriarcado, como sistema imperialista mundial, o, y ésta es la que yo prefiero, como sociedad capitalista organizada por el Estado de forma androcéntrica, estructurada por tres órdenes de subordinación interrelacionados: mala distribución, falta de reconocimiento y falta de representación. Pero a pesar de tales diferencias, la mayoría de las feministas de la segunda ola —con la notable excepción de las liberales— coincidían en que para superar la subordinación de las mujeres hacía falta transformar radicalmente las estructuras profundas de la totalidad social. Este empeño común en la transformación sistémica denotaba que el movimiento tenía sus orígenes en el fermento emancipador más general de la época.

— *El feminismo de la segunda ola contra el androcentrismo.* Si bien la segunda ola feminista compartió el aura general de radicalismo de la década de 1960, mantuvo no obstante una tensa relación con otros movimientos emancipadores. Su principal blanco, después de todo, era la injusticia de *género* del capitalismo organizado de Estado, algo que difícilmente constituía una prioridad para los antiimperialistas no feministas y para los nuevos izquierdistas. Al intensificar su crítica del androcentrismo del capitalismo organizado de Estado, además, las feministas de la segunda ola también debían afrontar el sexismo dentro de la izquierda. Para las feministas liberales y radicales, esto no suponía un problema excesivo; simplemente podían separarse y abandonar a la izquierda. Para las feministas socialistas, las antiimperialistas y las de color, por el contrario, la dificultad estaba en afrontar el sexismo dentro de la izquierda y seguir formando parte de ella.

Durante un tiempo, al menos, las feministas socialistas consiguieron mantener ese difícil equilibrio. Situaron el núcleo del androcentrismo en la división sexista del trabajo que sistemáticamente devaluaba las actividades desempeñadas por las mujeres o asociadas con ellas, tanto remuneradas como no remuneradas. Aplicando este análisis al capitalismo organizado de Estado, descubrieron conexiones estructurales profundas entre la responsabilidad de las mujeres en la mayor parte de los cuidados no remunerados, su subordinación en el matrimonio y en la vida personal, la segmentación sexista de los mercados laborales, el dominio de los hombres en el sistema político, y el androcentrismo de las prestaciones sociales, la política industrial y los planes de desarrollo. En efecto, pusieron en eviden-

cia que el salario familiar era el punto en el que convergían la mala distribución entre sexos, la falta de reconocimiento y la falta de representación. El resultado fue una crítica que integraba economía, cultura y política en un análisis sistemático de la subordinación de las mujeres en el capitalismo organizado de Estado. Lejos de aspirar simplemente a promover la plena incorporación de las mujeres a la sociedad capitalista como asalariadas, las feministas de la segunda ola pretendían transformar las estructuras profundas del sistema y los valores que lo animaban, en parte descentralizando el trabajo asalariado y valorando las actividades no asalariadas, en especial los cuidados socialmente necesarios proporcionados por las mujeres.

— *El feminismo de la segunda ola contra el estatismo.* Pero las objeciones feministas al capitalismo organizado de Estado se referían tanto al procedimiento como al contenido. Como sus aliados de la nueva izquierda, rechazaron el espíritu burocrático-gerencial del capitalismo organizado de Estado. A la crítica generalizada contra la organización fordista que se dio en la década de 1960, añadieron un análisis de género, interpretando que la cultura de instituciones de gran tamaño y jerarquizadas expresaba la masculinidad modernizada del estrato profesional-gerencial del capitalismo organizado de Estado. Desarrollando un contraespíritu horizontal de conexión hermanada, las feministas de la segunda ola crearon una práctica organizativa completamente nueva de aumento de la concienciación. Intentando cubrir la profunda división estatista entre la teoría y la práctica, se convirtieron en un movimiento contracultural y democratizador: antijerárquico, participativo y popular. En una época en la que aún no existía el acrónimo «ONG», académicas, abogadas y trabajadoras sociales feministas se identificaban más con los movimientos de base que con el espíritu profesional reinante entre los expertos despolitizados.

Pero al contrario que sus camaradas contraculturales, la mayoría de las feministas no rechazaban las instituciones estatales *simpliciter*. Buscando, por el contrario, infundirles a dichas instituciones unos valores feministas, soñaban con un Estado democrático y participativo que incrementase el poder de sus ciudadanos. Reimaginando de hecho la relación entre Estado y sociedad, intentaron transformar a aquellas situadas como objetos pasivos de la seguridad social y de la política desarrollista en sujetos activos, dotados de poder para participar en los procesos democráticos de interpretación de la necesidad. El objetivo, en consecuencia, no era tanto el de dismantelar las instituciones estatales como transformarlas en agencias que promoviesen, y de hecho expresasen, una justicia de género.

— *El feminismo de la segunda ola en contra y a favor del westfalianismo.* Más ambigua, quizá, fue la relación del feminismo con la dimensión westfaliana del capitalismo organizado de Estado. Dados sus orígenes en el fermento mundial de la época contra la Guerra de Vietnam, el movimiento estaba claramente dispuesto a mostrarse sensible ante las injusticias transfronterizas. En especial las feministas del mundo en vías de desarrollo, cuya crítica de género se entremezclaba con la crítica al imperialismo. Pero

en este aspecto, como en los demás, la mayoría de las feministas contemplaban los respectivos Estados como los principales destinatarios de sus exigencias. Así, las feministas de la segunda ola tendían a reinscribir el marco westfaliano en la práctica, a pesar de que lo criticasen en teoría. Ese marco, que dividía al mundo en espacios territoriales delimitados, seguía siendo la opción por defecto en una época en la que aún parecía que los Estados poseían las capacidades necesarias para dar dirección a la sociedad y en la que la tecnología que permitía la formación internacional de redes en tiempo real todavía no estaba disponible. En el contexto del capitalismo organizado de Estado, por lo tanto, el lema «la sororidad es planetaria» (en sí ya criticada como imperialista) funcionaba más como gesto abstracto que como proyecto político postwestfaliano que pudiera llevarse a la práctica.

En general, el feminismo de la segunda ola siguió siendo ambiguamente westfaliano, a pesar de que rechazaba el economicismo, el androcentrismo y el estatismo del capitalismo organizado de Estado. Respecto a todas estas cuestiones, sin embargo, manifestaba considerables matices. Al rechazar el economicismo, las feministas de este periodo nunca dudaron de la importancia fundamental de la justicia distributiva y de la crítica contra la economía política para el proyecto de emancipación de las mujeres. Lejos de querer minimizar la dimensión económica de la injusticia de género, intentaron, por el contrario, profundizarla al aclarar que dicha injusticia estaba relacionada con las dos dimensiones adicionales de la cultura y la política. De igual modo, al rechazar el androcentrismo del salario familiar, las feministas de la segunda ola del feminismo nunca intentaron sustituirlo sin más por la familia con dos perceptores salariales. Para ellas, la superación de la injusticia de género suponía poner fin a la devaluación sistemática de los cuidados de la familia y la división sexista del trabajo, tanto remunerado como no remunerado. Por último, al rechazar el estatismo del capitalismo organizado de Estado, las feministas de la segunda ola nunca dudaron de que se necesitasen instituciones políticas fuertes y capaces de organizar la vida económica al servicio de la justicia. Lejos de querer mercados libres del control estatal, buscaban democratizar el poder del Estado, maximizar la participación ciudadana, fortalecer la responsabilidad y aumentar los flujos comunicativos entre el Estado y la sociedad.

Dicho todo esto, la segunda ola feminista asumió un proyecto político transformador, basado en una interpretación más amplia de la injusticia y en la crítica sistémica a la sociedad capitalista. Las corrientes más avanzadas del movimiento consideraron que las suyas eran unas luchas multidimensionales, dirigidas simultáneamente contra la explotación económica, la jerarquía del estatus y el sometimiento político. El feminismo les parecía, además, parte de un proyecto emancipador más amplio, en el que la lucha contra las injusticias de género estaba necesariamente ligada a la lucha contra el racismo, el imperialismo, la homofobia y el dominio de clase, todo lo cual exigía transformar las estructuras profundas de la sociedad capitalista.

II. EL FEMINISMO Y EL «NUEVO ESPÍRITU DEL CAPITALISMO»

Al final, sin embargo, ese proyecto se quedó en gran medida malogrado, víctima de fuerzas históricas más profundas, que no fueron bien interpretadas en aquel momento. Con la ventaja que da la retrospectiva, vemos ahora que el ascenso de la segunda ola feminista coincidió con un cambio histórico en el carácter del capitalismo, de la variante organizada por el Estado, que acaba de analizarse, al neoliberalismo. Invirtiendo la fórmula anterior, que pretendía «usar la política para domesticar los mercados», los partidarios de esta nueva forma de capitalismo proponían usar los mercados para domesticar la política. Desmantelando elementos claves del marco de Bretton Woods, eliminaron los controles del capital que habían permitido la dirección keynesiana de las economías nacionales. En lugar del dirigismo, promovieron la privatización y la liberalización; en lugar de prestaciones públicas y ciudadanía social, «filtrado» y «responsabilidad personal»; en lugar de estados del bienestar y desarrollistas, el «Estado de la competencia» escueto y mezquino. Probado en América Latina, este enfoque sirvió para guiar buena parte de la transición al capitalismo en Europa oriental y central. Aunque públicamente preconizado por Thatcher y Reagan, en el Primer Mundo sólo se aplicó de manera gradual y desigual. En el Tercer Mundo, por el contrario, la neoliberalización se impuso a punta de deuda, como un programa forzoso de «ajuste estructural» que echó abajo todos los principios fundamentales del desarrollismo y obligó a los estados poscoloniales a transferir sus activos, abrir sus mercados y recortar el gasto social.

Curiosamente, la segunda ola feminista floreció en estas nuevas condiciones. Lo que había empezado como un movimiento contracultural radical pasaba ahora a convertirse en un fenómeno social de masas de base amplia. Atrayendo partidarios de toda clase, etnia, nacionalidad e ideología política, las ideas feministas penetraron en todos los resquicios de la vida social y transformaron la idea que todos los afectados tenían de sí mismos. El efecto no sólo fue el de ampliar enormemente las filas de activistas sino también remodelar las percepciones lógicas de la familia, el trabajo y la dignidad.

¿Fue mera coincidencia que la segunda ola feminista y el neoliberalismo prosperasen unidos? ¿O había una perversa y soterrada afinidad voluntaria entre ellos? Esta segunda posibilidad es herética, por su puesto, pero es peligroso no investigarla. Desde luego, el ascenso del neoliberalismo transformó drásticamente el terreno en el que operaba el feminismo de la segunda ola. La consecuencia, argumentaré aquí, fue la de resignificar los ideales feministas⁵. Aspiraciones que tenían un claro impulso emancipa-

⁵ Tomo la expresión «resignificación» de Judith Butler, «Contingent Foundations», en Seyla Benhabib, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser, *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, Londres, 1994.

dor en el contexto del capitalismo organizado de Estado asumían un significado mucho más ambiguo en la época neoliberal. Situados los Estados sociales y desarrollistas bajo el ataque de los partidarios del libre mercado, las críticas feministas al economicismo, el androcentrismo, el estatismo y el westfalianismo asumieron una nueva valencia. Permítaseme aclarar esta dinámica de la resignificación volviendo a contemplar los cuatro centros de la crítica feminista.

— *El antieconomicismo feminista resignificado*. El ascenso del neoliberalismo coincidió con una gran alteración en la cultura política de las sociedades capitalistas. En este periodo, las exigencias de justicia se expresaron cada vez más como reivindicaciones para que se reconociesen la identidad y la diferencia⁶. Este cambio «de la redistribución al reconocimiento» fue acompañado por fuertes presiones para transformar el feminismo de la segunda ola en una variante de las políticas de identidad. Una variante progresista, sin duda, pero que tendía no obstante a ampliar en exceso la crítica de la cultura, al tiempo que restaba importancia a la crítica de la economía política. En la práctica, se tendió a subordinar las luchas socioeconómicas a las luchas por el reconocimiento, mientras que en los sectores académicos, la teoría cultural feminista empezó a eclipsar a la teoría social feminista. Lo que había empezado como un correctivo necesario al economicismo evolucionó con el tiempo a un culturalismo igualmente tendencioso. Así, en lugar de llegar a un paradigma más amplio y rico, que pudiera abarcar la redistribución y el reconocimiento, las feministas de la segunda ola cambiaron de hecho un paradigma truncado por otro.

El momento, además, no podía ser peor. El cambio al reconocimiento encajaba muy claramente con un neoliberalismo ascendente, que no quería más que reprimir cualquier recuerdo del igualitarismo social. Así, las feministas absolutizaron la crítica a la cultura precisamente en el momento en el que las circunstancias exigían redoblar la atención a la crítica de la economía política. A medida que la crítica se dividía, además, la corriente cultural no sólo se desgajó de la corriente económica, sino también de la crítica al capitalismo que previamente las había integrado. Desligadas de la crítica al capitalismo y dispuestas para articulaciones alternativas, estas corrientes podían ser atraídas hacia lo que Hester Eisenstein ha denominado «un vínculo peligroso» con el neoliberalismo⁷.

— *El antiandrocentrismo feminista resignificado*. Sólo era cuestión de tiempo, por lo tanto, que el neoliberalismo resignificase la crítica feminista al androcentrismo. Para explicar cómo, propongo adaptar un argumento presentado por Luc Boltanski y Ève Chiapello. En su importante libro titula-

⁶ Respecto a este cambio en la gramática de las reivindicaciones políticas, véase Nancy Fraser, «From Redistribution to Recognition?», *NLR* 1/212 (julio-agosto de 1995) [ed. cast.: «De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era "postsocialista"», *NLR* 0 (2000)].

⁷ Hester Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», *Science and Society* LXIX, 3 (2005).

do *Le nouvel esprit du capitalisme*, estos autores sostienen que el capitalismo se rehace periódicamente a sí mismo en momentos de ruptura histórica, en parte recuperando corrientes de crítica dirigidas contra él⁸. En dichos momentos, elementos de la crítica anticapitalista se resignifican para legitimar una forma nueva y emergente del capitalismo, que por lo tanto se ve dotado con un mayor significado moral necesario para motivar a las nuevas generaciones a respaldar el trabajo inherentemente absurdo de la acumulación indefinida. Para Boltanski y Chiapello, el nuevo «espíritu» que ha servido para legitimar el flexible capitalismo neoliberal de nuestro tiempo surgió de la crítica «artista» de la nueva izquierda al capitalismo organizado de Estado, que denunciaba el gris conformismo de la cultura corporativa. Fue en los acentos de Mayo del 68, afirman, donde los teóricos de la gestión neoliberales propusieron un nuevo capitalismo «conexionista», de «proyecto», en el que las rígidas jerarquías organizativas dieran paso a equipos horizontales y redes flexibles, y liberasen así la creatividad individual. El resultado fue una nueva narrativa del capitalismo con consecuencias en el mundo real; una narrativa que envolvió a las nuevas empresas tecnológicas de Silicon Valley y que hoy encuentra su más pura expresión en los valores de Google.

El argumento de Boltanski y Chiapello es original y profundo. Sin embargo, al no tener en cuenta el género, no capta todo el carácter del espíritu del capitalismo neoliberal. Ciertamente, ese espíritu incluye una narrativa masculinista del individuo libre, sin trabas, automodelado, que ellos describen muy bien. Pero el capitalismo neoliberal se relaciona tanto con Walmart, las maquiladoras y el microcrédito como con Silicon Valley y Google. Y sus trabajadores indispensables son desproporcionadamente mujeres, no sólo mujeres jóvenes y solteras, sino también casadas y con hijos; no sólo mujeres racializadas, sino también mujeres prácticamente de todas las nacionalidades y etnias. Como tales, las mujeres han entrado en tromba en los mercados de trabajo de todo el mundo; la consecuencia ha sido la de menoscabar de una vez por todas el ideal de salario familiar que el capitalismo organizado de Estado propugnaba. En el «desorganizado» capitalismo neoliberal, ese ideal se ha sustituido por la norma de la familia con dos perceptores de salario. No importa que la realidad que subyace al nuevo ideal sean los niveles salariales deprimidos, la caída de la seguridad en el trabajo, el descenso del nivel de vida, un fuerte aumento del número de horas trabajadas a cambio del salario por familia, la exacerbación del doble turno –ahora a menudo triple o cuádruple– y el aumento de los hogares en los que el cabeza de familia es una mujer. El capitalismo desorganizado saca peras del olmo elaborando una nueva narrativa del avance femenino y la justicia de género.

⁸ Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*, París, 1999 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002; ed. ing.: *The New Spirit of Capitalism*, Londres, 2005]. Eli Zaretsky, «Psychoanalysis and the Spirit of Capitalism», *Constellations* XV, 3 (2008), interpreta el psicoanálisis como el espíritu de «la segunda revolución industrial», y concluye presentando el feminismo como el espíritu de la «tercera».

Por inquietante que pueda parecer, sugiero que el feminismo de la segunda ola ha aportado involuntariamente un ingrediente clave del nuevo espíritu del neoliberalismo. Nuestra crítica al salario familiar proporciona ahora buena parte de la narrativa que inviste al capitalismo flexible de un significado más elevado y de un argumento moral. Dotando a sus luchas diarias de un significado ético, la narrativa feminista atrae a las mujeres de ambos extremos del espectro social: en un extremo, los cuadros femeninos de las clases medias profesionales, decididas a romper el techo de cristal; en el otro, las temporeras, las trabajadoras a tiempo parcial, las empleadas de servicios con bajos salarios, las empleadas domésticas, las trabajadoras del sexo, las migrantes, las maquiladoras y las solicitantes de microcréditos, que no sólo buscan rentas y seguridad material, sino también dignidad, avance y liberación de la autoridad tradicional. En ambos extremos, el sueño de la emancipación de las mujeres va atado al motor de la acumulación capitalista. Así, la crítica del feminismo de la segunda ola al salario familiar ha disfrutado de una perversa continuación. En otro tiempo pieza fundamental del análisis sobre el androcentrismo del capitalismo, sirve hoy para intensificar la valorización del trabajo asalariado del capitalismo.

— *El feminismo antiestatista resignificado*. El neoliberalismo también ha resignificado el antiestatismo del periodo anterior, convirtiéndolo en una ayuda para los planes destinados a reducir la acción del Estado *tout court*. En el nuevo clima, parecía no haber más que un paso entre la crítica de la segunda ola feminista al paternalismo del Estado social y la crítica de Thatcher contra el Estado niñera. Ciertamente ésa fue la experiencia en Estados Unidos, donde las feministas contemplaron impotentes cómo Bill Clinton triangulaba la matizada crítica que ellas hacían a un sistema de asistencia escasa, sexista y estigmatizador, en un plan para «acabar con la seguridad social establecida», que abolió el derecho federal al subsidio por bajos ingresos. En las poscolonias, por su parte, la crítica al androcentrismo del Estado desarrollista se transformó en entusiasmo por las ONG, que emergieron por todas partes para cubrir el vacío dejado por los Estados cada vez más reducidos. Ciertamente, las mejores de estas organizaciones proporcionaban a poblaciones privadas de servicios públicos la ayuda que con tanta urgencia necesitaban. Sin embargo, a menudo el efecto fue el de despolitizar los grupos locales y desviar sus agendas hacia direcciones favorecidas por los financiadores del Primer Mundo. Por su propia naturaleza de cubrir deficiencias y vacíos, además, la acción de las ONG no ayudaba mucho a cuestionar la marea en retroceso de las ayudas públicas, ni a construir un apoyo político para la acción estatal receptiva⁹.

La explosión del microcrédito ilustra el dilema. Contraponiendo los valores feministas de asunción de poder y participación desde abajo a la burocracia inductora de pasividad del estatismo jerárquico, los arquitectos de estos

⁹ Sonia Alvarez, «Advocating Feminism: The Latin American Feminist NGO “Boom”», *International Feminist Journal of Politics* I, 2 (1999); Carol Barton, «Global Women’s Movements at a Crossroads», *Socialism and Democracy* XVIII, 1 (2004).

proyectos han diseñado una síntesis innovadora de la autoayuda individual y la formación de redes comunitarias, la supervisión por parte de las ONG y los mecanismos de mercado, todo ello con el objetivo de combatir la pobreza y el sometimiento de género de las mujeres. Los resultados hasta el momento incluyen una enorme cifra de devolución de préstamos y pruebas anecdóticas de vidas transformadas. Lo que se ha ocultado, sin embargo, en el alborozo feminista que rodea a estos proyectos, es una inquietante coincidencia: el microcrédito ha florecido al mismo tiempo que los Estados han abandonado los esfuerzos macroestructurales de lucha contra la pobreza, esfuerzos que el préstamo a pequeña escala no puede ni mucho menos sustituir¹⁰. También en este caso, la crítica feminista al paternalismo burocrático ha sido recuperada por el neoliberalismo. Una perspectiva destinada originalmente a transformar el poder estatal en vehículo para dar soberanía a los ciudadanos y para la justicia social se usa ahora para legitimar la mercantilización y la reducción del Estado.

— *El feminismo a favor y en contra el westfalianismo resignificado*. Por último, el neoliberalismo alteró para mejor y para peor la ambigua relación del feminismo de la segunda ola con el marco westfaliano. En el nuevo contexto de la «globalización», ya no se puede decir que el Estado territorial delimitado es el único contenedor legítimo de las obligaciones de justicia y de las luchas a favor de ésta. Las feministas se han unido a los ecologistas, a los activistas por los derechos humanos y a quienes critican a la OMC para cuestionar ese punto de vista. Movilizando intuiciones poswestfalianas impracticables en el capitalismo organizado de Estado, han captado injusticias transfronterizas que se habían marginado o descuidado en la época anterior. Utilizando nuevas tecnologías de comunicación para establecer redes transnacionales, las feministas han promovido estrategias innovadoras como el «efecto boomerang», que moviliza la opinión pública mundial para iluminar abusos locales y avergonzar a los Estados que los permiten¹¹. El resultado fue una forma nueva y prometedora de activismo feminista: transnacional, de múltiples escalas y poswestfaliano.

Pero el giro transnacional también provocó dificultades. A menudo bloqueadas en el plano estatal, muchas feministas dirigieron sus energías hacia el «internacional», en especial a una sucesión de congresos relacionados con Naciones Unidas, desde Nairobi a Viena, Pekín y demás. Estableciendo una presencia en la «sociedad civil planetaria» desde la que abordar nuevos regímenes de gobierno mundial, se vieron involucradas en algunos de los problemas que ya hemos señalado. Por ejemplo, campañas a favor de los derechos humanos de las mujeres centradas abrumadoramente en las cues-

¹⁰ Uma Narayan, «Informal Sector Work, Microcredit and Third World Women's "Empowerment": A Critical Perspective», artículo presentado en el XXII Congreso Mundial de Filosofía del Derecho y Filosofía Social, mayo de 2005, Granada; Hester Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», cit.

¹¹ Margaret Keck y Kathryn Sikkink, *Activists Beyond Borders: Advocacy networks in International Politics*, Ithaca, Nueva York, 1998.

tiones de la violencia y la reproducción, descuidando, por ejemplo, la pobreza. Ratificando la división propia de la Guerra Fría entre derechos civiles y políticos, por una parte, y derechos sociales y económicos, por otra, estos esfuerzos han dado primacía, también, al reconocimiento sobre la redistribución. Además, estas campañas intensificaron la ONGización de la política feminista, ampliando el abismo entre profesionales y grupos locales, al tiempo que concedían voz desproporcionada a las elites angloparlantes. Dinámicas análogas han operado en la participación feminista en el aparato político de la Unión Europea, en especial dada la ausencia de movimientos de mujeres verdaderamente transnacionales en toda Europa. Así, la crítica feminista al westfalianismo ha demostrado ser ambigua en la era del neoliberalismo. Lo que empezó como un saludable intento de ampliar el alcance de la justicia más allá del Estado-nación ha acabado encajando en ciertos aspectos con las necesidades administrativas de una nueva forma de capitalismo.

En general, por lo tanto, el destino del feminismo en la era neoliberal presenta una paradoja. Por una parte, el movimiento contracultural relativamente pequeño del periodo anterior se ha ampliado exponencialmente, difundiendo con éxito sus ideas por todo el planeta. Por otra, las ideas feministas han experimentado un sutil cambio de valencia en el contexto alterado. Claramente emancipadoras en la época del capitalismo organizado de Estado, las críticas al economicismo, el androcentrismo, el estatismo y el westfalianismo parecen ahora plagadas de ambigüedad, susceptibles de cubrir las necesidades de legitimación de una nueva forma de capitalismo. Después de todo, este capitalismo preferiría con creces afrontar las reivindicaciones de reconocimiento y no las reivindicaciones de redistribución, a medida que construye un nuevo régimen de acumulación sobre la piedra angular del trabajo asalariado de las mujeres, e intenta separar los mercados de una reglamentación social, para operar con la mayor libertad posible en una escala planetaria.

III. ¿UN FUTURO ABIERTO?

Hoy, sin embargo, este capitalismo se encuentra también en una encrucijada. Ciertamente, la crisis financiera mundial y la respuesta decididamente posneoliberal a dicha crisis por parte de los principales Estados –todos ellos keynesianos a estas alturas– marcan el comienzo del fin del neoliberalismo como régimen económico. La elección de Barack Obama puede señalar el rechazo decisivo, incluso en el seno de la bestia, del neoliberalismo como proyecto político. Quizá estemos contemplando los primeros movimientos de una nueva oleada de movilización destinada a articular una alternativa. Tal vez, en consecuencia, estemos al borde de otra «gran transformación», tan masiva y profunda como la que acabo de describir.

Si es así, por lo tanto, la forma de la sociedad sucesora será objeto de intensas protestas en el próximo periodo. Y el feminismo participará de manera importante en esas protestas, en dos niveles distintos: en primer lugar, como movimiento social cuya trayectoria he trazado aquí, que intentará

garantizar que el régimen sucesor institucionalice un compromiso con la justicia de género. Pero también, en segundo lugar, como diseño discursivo general que las feministas en el primer sentido ya no poseen y no controlan; un significativo vacío del bien (similar, quizá, a «democracia»), que puede invocarse y se invocará para legitimar una variedad de escenarios distintos, no todos los cuales promueven la justicia de género. Derivado del feminismo en su primer sentido, de movimiento social, este segundo sentido discursivo del «feminismo» se ha desmadrado. A medida que el discurso se independiza del movimiento, éste se enfrenta cada vez más con una versión extrañamente sombría de sí mismo, un doble asombroso al que no puede sencillamente abrazar ni repudiar por completo¹².

En este artículo, he trazado la danza desconcertante de estos dos feminismos en el cambio del capitalismo organizado de Estado al neoliberalismo. ¿Qué debería concluirse de ese cambio? Ciertamente no que el feminismo de la segunda ola ha fracasado *simpliciter*; ni que sea culpable del triunfo del neoliberalismo. Desde luego, los ideales feministas no son inherentemente dudosos; y no están siempre destinados a ser resignificados con fines capitalistas. Concluyo, por el contrario, que aquellas de nosotras para quienes el feminismo es ante todo un movimiento a favor de la justicia de género necesitamos ampliar nuestra conciencia histórica porque operamos en un terreno poblado también por nuestro doble asombroso.

Con ese fin, permítaseme volver a la cuestión de cómo se explica nuestro «peligroso vínculo» con el neoliberalismo, si es que puede explicarse. ¿Somos víctimas de una desgraciada coincidencia, que por casualidad nos encontrábamos en el lugar y en el momento equivocados y fuimos presa del más seductor de los oportunistas, un capitalismo tan indiscriminado que está dispuesto a instrumentalizar cualquier perspectiva, incluso una inherentemente ajena a él? ¿O hay, como ya he sugerido, cierta afinidad subterránea y voluntaria entre el feminismo y el neoliberalismo? Si dicha afinidad existe, radica en la crítica a la autoridad tradicional¹³. Dicha autoridad es desde hace tiempo objetivo del activismo feminista, que busca, al menos desde Mary Wollstonecraft, emancipar a las mujeres del sometimiento personalizado a los hombres, ya sean padres, hermanos, sacerdotes, ancianos o esposos. Pero la autoridad tradicional también se convierte en algunos periodos en un obstáculo para la expansión capitalista, parte del contenido social circundante en la que los mercados se han insertado históricamente y que ha servido para confinar la racionalidad económica dentro de una esfera limitada¹⁴. En el momento actual, estas dos críticas a la autoridad tradicional, la feminista y la neoliberal, parecen converger.

¹² Esta fórmula del «feminismo y sus dobles» podría elaborarse de manera útil con respecto a las elecciones presidenciales estadounidenses de 2008, en las que las dobles asombrosas fueron Hillary Clinton y Sarah Palin.

¹³ Debo este argumento a Eli Zaretsky (comunicación personal). Cf. H. Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», cit.

¹⁴ En algunos periodos, aunque no siempre. En muchos contextos, el capitalismo tiene muchas más posibilidades de adaptarse a la autoridad tradicional que de cuestionarla. Respecto a la in-

Donde el feminismo y el neoliberalismo divergen, por el contrario, es acerca de las formas postradicionales de subordinación de género: restricciones en la vida de las mujeres que no adoptan la forma del sometimiento personalizado, sino que surgen de procesos estructurales o sistémicos en los que las acciones de tantas personas están abstracta o impersonalmente mediadas. Un caso paradigmático es lo que Susan Okin ha denominado el «ciclo de vulnerabilidad claramente asimétrica y socialmente causada por el matrimonio», en el que la responsabilidad tradicional de las mujeres de cuidar a los hijos ayuda a modelar los mercados de trabajo que las perjudican, dando como resultado una desigualdad de poder en el mercado económico, lo cual a su vez refuerza y exagera la desigualdad de poder en la familia¹⁵. Dichos procesos de subordinación mediados por el mercado son la savia del capitalismo neoliberal. Hoy, en consecuencia, deberían convertirse en el gran objetivo de la crítica feminista, ahora que intentamos distinguirnos del neoliberalismo y evitar su resignificación. El objetivo, por supuesto, no es dejar la lucha contra la autoridad masculina tradicional, que sigue siendo un momento necesario de la crítica feminista. Es, por el contrario, interrumpir el tránsito fácil de esa crítica a su doble neoliberal; sobre todo, volviendo a conectar las luchas contra el sometimiento personalizado con la crítica a un sistema capitalista que, aunque promete liberación, sustituye de hecho un modo de dominio por otro.

Con la esperanza de hacer progresar esta agenda, me gustaría concluir contemplando por última vez mis cuatro focos de la crítica feminista:

— *Antieconomicismo posneoliberal*. El posible alejamiento del neoliberalismo ofrece la oportunidad de reactivar la promesa emancipadora de la segunda ola feminista. Adoptando un análisis plenamente tridimensional de la injusticia, podríamos ahora integrar de un modo más equilibrado las dimensiones de redistribución, reconocimiento y representación que se escindieron en la época anterior. Cimentando esos aspectos fundamentales de la crítica feminista en un sentido robusto y actualizado de la totalidad social, deberíamos reconectar la crítica feminista con la crítica al capitalismo, y así resituar el feminismo directamente en la izquierda.

— *Antiandrocentrismo posneoliberal*. De igual modo, el posible giro hacia una sociedad posneoliberal ofrece la oportunidad de romper el vínculo espurio entre nuestra crítica al salario familiar y el capitalismo flexible. Recuperando nuestra crítica al androcentrismo, las feministas podríamos militar a favor de una forma de vida que descentralice el trabajo asalariado y valore actividades no mercantilizadas, como el trabajo de cuidado. Ahora desempeñadas en gran parte por mujeres, dichas actividades deberían convertirse en componentes valiosos de una buena vida para todos.

serción de los mercados, véase Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], Boston, 2001 [ed. cast.: *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Madrid, 1989].

¹⁵ Susan Okin, *Justice, Gender and the Family*, Nueva York, 1989, p. 138.

— *Antiestatismo posneoliberal*. La crisis del neoliberalismo ofrece también la oportunidad de romper el vínculo entre nuestra crítica al estatismo y la mercantilización. Reclamando el manto de la democracia participativa, las feministas podrían militar ahora a favor de una nueva organización del poder político, una organización que subordine el gerencialismo al incremento del poder de los ciudadanos. El objetivo, sin embargo, no es el de disipar el poder público, sino fortalecerlo. Así, la democracia participativa que intentamos alcanzar hoy es aquella que usa la política para domesticar los mercados y dirigir la sociedad en interés de la justicia.

— *Antiwestfalianismo posneoliberal*. Por último, la crisis del neoliberalismo ofrece la oportunidad de resolver, de modo productivo, la ambigüedad que desde hace tiempo mantenemos respecto al marco westfaliano. Dado el actual alcance transnacional del capital, las capacidades públicas necesarias hoy no pueden albergarse exclusivamente en el Estado territorial. A este respecto, en consecuencia, la tarea de romper la identificación exclusiva de la democracia con la comunidad política físicamente delimitada. Uniéndose a otras fuerzas progresistas, las feministas podrían militar a favor de un nuevo orden político poswestfaliano: un orden de múltiples escalas y democrático en todos los niveles. Combinando la subsidiaridad con la participación, la nueva constelación de poderes democráticos debería ser capaz de corregir las injusticias en todas las dimensiones, en todos los ejes y en todas las escalas, incluidas las injusticias transfronterizas.

Sugiero, por lo tanto, que éste es un momento en el que las feministas deberíamos pensar en grande. Habiendo observado cómo la avalancha neoliberal instrumentalizaba nuestras ideas, tenemos ahora un resquicio para reclamarlas. Aprovechando este momento, podríamos sencillamente dirigir el arco de la inminente transformación hacia la justicia, y no sólo con respecto al género.